

Aterrizo en Maracaibo y todo se me vuelve confusión. Porque esta ciudad que se extiende incesantemente sobre la llanura, que la recorren anchisimas avenidas asfaltadas a cuyos lados crecen a ojos vistas los edificios modernos, que sirve de negocios y de bancos, que se sostiene visiblemente sobre la tensa cuerda de la voluntad de poder, que se abre a la presencia de la alta mar, esta ciudad es, para mí, Bahía Blanca en el extremo Sur del Continente. Si por su cielo corrieran tormentosas nubes oscuras, si por la apertura de sus avenidas viniera turbulento el aire frío del Atlántico en vez de esta plancha ardorosa que desciende de un cielo quemado, sin duda habría recuperado Bahía Blanca y en vez de hablar de los "Diarios" de Blanco Fombona estaría comentando "El matadero" de Echeverría.

Toda la vista mezcla las imágenes de una y otra, las aproxima y las distancia, tal como si entreverara dos juegos de naipes cuyas diferencias se van acentuando, leve, levemente, al pasar de las horas. Y ciertamente, son figuras de unauntuosa baraja las que van confiriendo a esta ciudad su peculiar idiosincrasia, pues por ella transcurren negros venecianos a los que sólo falta el laminado de oro y las autorchas barrocas; tras ellos, como displicentes reinas orientales, con ese andar rítmico de los cuentos legendarios, avanzan las guajiras con sus opulentas vestiduras tales y en el mercado irrumpe la bulliciosa corte de Monipodio con su humanidad cordial y variopinta, su lenta, parsimoniosa degustación del tiempo y de la vida, su sabiduría concreta con la cual establecer el catálogo de las cuarenta variedades de cambures y testarudamente forzar al visitante a que pruebe de todas.

Finalizo a la búsqueda de sus guaridas porque sólo se encuentran paisajes deliriantes como si hubiera explorado las bocanillas entre El Suroeste y a medio camino encontraría, después del Expediente donde únicamente aún queda la más bella plaza natural que haya visto en Venezuela, una plaza que se diría italiana si los italianos hubieran sido capaces de celebrar el color con el regocijo febril del trópico. Mientras el carro (una pesadilla de aire acondicionado), recorre las callecitas bordeadas de fachadas coloreadas con sus ventanas enrejadas, como una sucesión de barajas pintadas...
Pero sobre todo, descubrió a los jóvenes artistas que batallan por "la recuperación de la marginalidad confiriéndole nueva dignidad".
Sobre esa ciudad luminosa y cálida (que le recuerda a Bahía Blanca) Angel Rama escribió para "Séptimo Día" estas páginas singulares.

Pero ya comienza a sospecharse que, por ese mismo sistema de oposición de valores que opone el frío austral al soplo ardiente del trópico y la riqueza de los ubérrimos pastizales a la riqueza de los patos isócronos que bombean petróleo, el producto original de esta ciudad deberá ser minuciosamente inverso al que proporciona el sur.



El crítico Angel Rama visitó a Maracaibo por primera vez. De este viaje a la capital zuliana trajo imágenes inquietantes, mágicas. Captó a su manera todo el subrepticio encanto de "las callecitas bordeadas de fachadas coloreadas con sus ventanas enrejadas, como una sucesión de barajas pintadas..."

Pero sobre todo, descubrió a los jóvenes artistas que batallan por "la recuperación de la marginalidad confiriéndole nueva dignidad". Sobre esa ciudad luminosa y cálida (que le recuerda a Bahía Blanca) Angel Rama escribió para "Séptimo Día" estas páginas singulares.



Repentinamente, desde una de esas fachadas estruendosas de color, se ponen a mirarnos unas opulentas matonas que además, nos examinan a través de enormes lupas en que asoman sus ojos inquisitivos, tal como si el carro modernísimo, si nosotros sus ocupantes, fuéramos meros insectos procedentes de otro planeta, que merecieran alguna atención distante. ¿Qué es eso? ¡Ah, eso es Guillo!

Hemos tropezado con el secreto corazón de la ciudad, con ese lugar donde ella quiere seguir viviendo, orgullosamente distinta y peculiar e inconfundible, a pesar de las avenidas y los edificios a la americana y el aire acondicionado de los bares adocenados y los paseos públicos donde las ciencias devienen un subilbaja, ese lugar donde ella defiende su identidad disfrazándola pudorosamente con humor.

Se llama "Guillo" y es simplemente una casa antigua vuelta a pintar hasta conseguir que grite, con unos enormes logotipos que son mujeres observando tras la lupa. Adentro estamos en esa típica casa que los maracuchos aprendieron a hacer de las islas antillanas, cuando ellos todavía pertenecían a una república independiente y olvidada que tenía fronteras tanto con Colombia como con Venezuela.

Se puede llamar centro de Bellas Artes al hermoso complejo arquitectónico que dirige Oscar D'Empaire (su espléndida sala de conciertos, su vulgar galería de arte, el brillante arte de Luis Montiel cubriendo todo), pero, ¿cómo llamar a esta vieja casa y a sus ocupantes? Si, cumplen exposiciones de arte y hasta editan catálogos; si, editan libros de narrativas y de poesía; si, publican una revista y, como era de esperar, no dan un paso sin lanzar un mani-

festo, pero, ¿eso los define? Una de sus últimas exposiciones, de la cual quedan abundantes restos todavía, es de muñecas, simplemente de muñecas rotas reconocidas de los basurales y ordenadas en cajas que ni siquiera aspiran a ser las insólitas construcciones artísticas de Bernardo Salcedo, el colombiano, sino acumulaciones de muñecas que concluyen construyendo barrocos corales rosados y blancos. Nuestros desechos devienen floraciones tan suntuosas como los personajes antiguos que atraviesan, dentro de un sueño, las avenidas de la moderna ciudad que los niega.

¿Quiénes han construido "Guillo"? Son pintores y escritores, letrados y artesanos: Oscar González Bogen, César Chirinos, Angel Peña, Edgar P. Queipo, Enrique León, Ender Cepeda, Laura Antillano, Hugo Figueroa Bret, Blas Perrozo Naveda, Carmelo Niño, y muchos otros que seguramente se me olvidan, los cuales, antes de que cada uno tome un rumbo propio, individual, egoísta pero creativo, han hecho la experiencia de una búsqueda colectiva, de una definición que no puede encerrarse en los meros alambrados del arte (poesía, cuento, pintura, etc.), sino que tiene que ver con una ciudad, con la capacidad de una región para tener voz propia, para que ella sea las "gaitas maracuchas" y el "chivo en coco" y los "tapices guajiros" y el dulce, arcaico y arrastrado hablar costeño y también un contar y un poetizar que expresa todo eso y le confiere significación.

De toda Venezuela no conozco lugar donde los jóvenes escritores hayan puesto tanto atención, (tanta oreja), al hablar de sus compatriotas, como en Maracaibo. Quizás porque perciben que eso se está per-

MARACATEBO



diendo, que son ellos los últimos mohicanos que oírán el desplante lingüístico que hace suyo Blas Perozo, o su discípulo Enrique León, que se atreve a titular un libro con la loca felicidad lingüística de una frase popular: "Y vos qué vais a ser cuando seáis grande muchacho", o César Chirinos que recorre una sintaxis llena de sobresaltos en su novela "Diccionario de los hijos de papá", o Hugo Figueroa Bret, que reconvierte el sistema a una expresión severa y castigada. Buenos y malos momentos alternan en estos textos pero a todos los enhebra un júbilo contagioso, este que nace de reconstruir la comunidad lingüística y esponjarse dentro de ella.

No me parecen distintos los pintores y dibujantes. Todos ellos concurren, como los narradores y poetas, a la recuperación de la marginalidad, confiriéndole nueva dignidad. Gracias a este corajudo esfuerzo ha sido posible que ingresara al arte un ingenio que sobre fondos invertidos por la pintura perspectivista del Renacimiento ha edificado una constelación de mitos plásticos de sin igual intensidad. Me refiero a Lurax, para conocer a quien viajó hasta el Cabimas legendario, encontrando al fin del camino el arrasamiento, la alienación y una imaginación proletaria que reconstruye el sueño todo de la historia. Algún día contaré este viaje. Allí, en el destaralado botiquín de Cabimas, percibi hasta qué punto la cultura viva, fecunda y espontánea de una región del país, en este duro trance del masaje "de una a otra Venezuela" sólo puede ofrecer, auténticamente, el rostro de la locura, tenso bajo las formas pulcras, severas y medidas en que se le ha encerrado para que no desbarate la máquina del progreso.

